

PUBLICACIONES *Cinema*

50
PTAS.



MARTA EGGERHT
con PAUL HARTMANN en
La VOZ SEDUCTORA

LA VOZ SEDUCTORA

BASADA EN LA PELÍCULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

GEZA VON BOLVARY

MÚSICA DE

FRANZ GROTHE



UNA PRODUCCIÓN HISPANIA TOBIS

DISTRIBUIDA POR

HISPANIA TOBIS S. A.

Casa central: BARQUILLO, 10

MADRID

Argumento narrado por
PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTÉPRETES:

MARTA EGGERHT

LA ESTRELLA DE LA VOZ DE ORO

SECUNDADA POR

PAUL HARTMANN

GEORGE ALEXANDER

HILDE WEISSNER

OTTO WERNIKE

EL MEJOR FILM DE LA
DIVA DEL CINEMA!

TALLERES GRAFICOS
VDA. M. BLASI - BARCELONA

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

LA VOZ SEDUCTORA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

París, 1918...

Cuatro años de guerra no habían conseguido anular por completo la alegre vida nocturna de la Ville Lumière. Muchos restaurants, teatros, cines, cabarets, seguían abiertos al público que acudía a ellos ávido de olvidar por unas horas la terrible tragedia que estaban viviendo. De vez en cuando, un raid enemigo, turbaba la calma aparente de la gran ciudad. Las sirenas dejaban oír entonces su grito estridente, se apagaban las luces, corría la gente alocada a guarecerse en los sótanos y en los refugios... Un hálito de espanto y de muerte recorría las calles, un momento antes tan animadas y alegres.

Pero pasaba el peligro y todo volvía a recobrar su ritmo. La gente continuaba su camino, entraba en los espectáculos, llenaba los restaurants, paseaba despreocupadamente por las amplias avenidas. Todos, todos querían olvidar, olvidar aquella vida tan amarga, tan llena de miserias y preocupaciones que el odio de los hombres les había impuesto.

Gloria Delamare, la exquisita cantante francesa, actuaba todas las noches a teatro lleno en uno de los mejores cabarets de París, como estrella suprema de una revista que se había hecho centenaria en los carteles con un título sugestivo y elocuente: «París quand même...»

Todas las actuaciones de la artista se contaban por éxitos. Era debido a su voz que poseía el mágico encanto de hacerlo olvidar todo. Las pequeñas miserias cotidianas que amargaban la vida de cada uno. La guerra, la guerra larga y dura, con un interminable desfile de horrores.

Todas las gracias se habían prodigado en Gloria Delamare. Era joven, hermosa, inteligente y artista. Era también alegre, espontánea, natural, sin vampirismos ni actitudes falsas, tan comunes en las artistas. Su voz era la voz más seductora que haya podido oírse. La lengua más mordaz tenía que callarse al hablar de su vida privada, recta y apacible como la de una burguesita.

Aquellos seis oficiales del ejército británico de operaciones en Bélgica que habían encontrado albergue en el Castillo de Iprés, ignoraban todos aquellos detalles. Sabían solamente que era joven y hermosa. Pero cada noche, cuando las operaciones militares perdían en intensidad y ellos podían refugiarse unos momentos bajo el confortable cobijo que les ofrecía aquel castillo antiguo y sumptuoso, convertido ahora en cuartel militar por las exigencias de la guerra, los seis compañeros de armas se reunían alrededor del fuego de la chimenea y escuchaban arrobados una y otra vez el disco aquél que hacía llegar hasta ellos, de un modo algo imperfecto, la voz de Gloria Delamare, mientras ella, allá en París, arrebataba al público con la misma canción sentimental y triste.

El atractivo que sobre ellos ejercía la voz de Gloria Delamare era algo casi sobrenatural. Un influjo sumamente benéfico y confortador entre aquel ambiente de desolación y de muerte. Todo, todo quedaba olvidado en aquellos instantes de supremo deleite. La guerra cruel y bárbara, la lucha cotidiana, las visiones trágicas, los recuerdos de un pasado mejor... Cálida, pura, dulce, llegaba a sus oídos la voz de la cantante. ¡Qué dulce regalo para su oído, qué bálsamo para el espíritu atormentado de aquellos hombres a quienes el espectáculo de la guerra no había logrado endurecer.

—¡Poder conocer a esta mujer! — murmuró para sí el teniente Lawton cuando el disco hubo terminado. —Hablar con ella, bailar, verla de cerca, oírla hablar, oírla cantar, sentirla moverse en torno a uno. ¡Qué delicia tan grande! ¡Quién pudiera ir a París, por unos días! En cambio, tenemos que quedarnos aquí, luchando, viviendo esta pesadilla, sin otro consuelo, sin otro aliciente que escuchar este disco de vez en cuando.

—Yo creo que todos estamos un poco enamorados de esta mujer — comentó el teniente Lincoln.

Era cierto. Todos estaban enamorados de Gloria Delamare, aún sin conocerla. Su voz, su voz arrobadora había con-

seguido aquel triunfo sobre los seis corazones de aquellos bravos militares. Y es que Gloria, a través de aquella canción que escuchaban siempre con el mismo deleite, les traía el recuerdo de las cosas bellas, de las cosas tiernas, dulces, inefables, perdidas tal vez para siempre, en contraste con las cosas brutales, duras, espantosas, descarnadas, horribles, que les rodeaban hacia tanto, tanto tiempo.

—Tal vez tengas razón — comentó el más viejo de los seis sonriendo ironicamente. —No niego que sobre mí ejerce un poder extraordinario esta mujer a la que ninguno de nosotros ha visto jamás personalmente, pero por ahora tenemos que contentarnos con admirarla a distancia y aceptar gustosamente el compartir la posesión... de su voz, mientras uno de nosotros no sea tan afortunado de ir a París con licencia y presentarse a ella para decirle en nombre de todos la admiración que ha logrado despertar en nosotros.

Fred Winsbury, uno de los oficiales, asintió con un movimiento de cabeza. Habría querido hablar, decir algo para expresar también él su admiración por Gloria Delamare en la forma apasionada, y cálida con que lo había hecho un momento antes el teniente Robert, pero no pudo hacerlo. Entre todos, era él el que con más fervor escuchaba aquel disco famoso, el que con más ansia, durante el día lento, espantoso, interminable, esperaba el momento feliz en que podría reunirse con sus amigos para oír la voz de Gloria Delamare, y escuchar luego, con un silencio emocionado, como sus compañeros de armas iban desgranando el rosario de sus elogios hacia ella.

Fred Winsbury no era ya un chiquillo como Lawton, como el mismo teniente Lincoln, los dos oficiales más jóvenes del grupo. Era un hombre de unos treinta a treinta y dos años, rubio, alto, fuerte, de ojos intensamente azules, de mirada profunda y un poco triste. Era de carácter reconcentrado y taciturno, pero era al mismo tiempo el mejor de los compañeros, noble, leal, valiente, abnegado. Su pasado debía contener algún recuerdo doloroso, porque no hablaba nunca de él, ni recibía nunca correspondencia, ni ningún retrato, fuera del de Gloria Delamare, recortado de una revista, que presidía su pequeño y austero cuarto de combatiente. Lincoln era entre todos sus compañeros el que más había conseguido intimar con él, y si algo había llegado a contarle Fred Winsbury, sabía guardarlo muy secreto, porque jamás volvió a repetirlo a nin-

guno de sus amigos. Sabía, por ejemplo, que había escrito durante todo el tiempo de la campaña, dos o tres cartas — cartas que luego no llegó a echar al correo — dirigidas a una mujer, a una mujer a la que no conocía, a Gloria Delamare. Qué misterios encierra a veces el corazón humano. A impulsos de aquel sentimiento tal vez un poco absurdo e inconsciente que había logrado despertar en él la voz de una mujer, Fred Winsbury, el hombre de la sonrisa amarga, del gesto triste y cansado, hacia cosas dignas de un cadete adolescente.

Pero aquellas cartas no habían de llegar nunca a manos de Gloria Delamare. Las escribía él obedeciendo a una necesidad íntima y dolorosa, que a veces, llegaba a producirle un malestar casi físico. Las escribía y las leía luego una y otra vez, burlándose de sí mismo, pero sin tener el valor de romperlas, ni tampoco de enviarlas, y las colocaba luego en el bolsillo interior de su guerrera, junto a su corazón, a su corazón de hombre dolorido y atormentado por un pasado amargo y un presente terrible...

Se oía a lo lejos el retumbar del cañón. Cuatro años, cuatro espantosos años de guerra, habían habituado a aquellos hombres a aquel ruido sordo y continuado que habría llegado a hacerse insopportable a los oídos de un novato. Se disponían a ir a acostarse, confiados en tener una noche tranquila, ya que el enemigo no parecía dispuesto a atacar desde hacía dos días, limitándose a consolidar sus posiciones, pero en la guerra hay que estar siempre preparado para cualquier contingencia. La señal de alarma acababa de dejarse oír, imperiosa y estridente. La guerra es dura y cruel siempre. No concede ningún derecho a los que tienen que servirla. La cama blanda, el reposo tranquilo de unas horas, son placeres vedados casi siempre al combatiente.

Se originó en seguida un tumulto terrible. Soldados y oficiales salían corriendo de las diferentes dependencias del castillo, llevando sus fusiles, algunos iban a medio vestir, bajaban la escalera adormilados y vacilantes. Otra vez iban a encararse con la muerte, la eterna compañera de sus horas de lucha, cuya faz descarnada y horrible habían visto tantas veces.

El combate iniciado a primeras horas de la noche duró hasta el amanecer del dia siguiente. Las primeras luces del alba iluminaron el eterno cuadro de desolación que ofrecía cotidianamente la tierra invadida.

Aquella batalla costó miles de cadáveres de uno y otro

bando. El destacamento inglés al que pertenecían los seis oficiales admiradores de Gloria Delamare fué uno de los más castigados. El joven capitán Brent, el australiano, inmoló su vida por la Patria. Fred Winsbury se contó entre la legión de los desaparecidos. Los cuatro compañeros de las dos víctimas del odio de los hombres les dedicaron un recuerdo emocionado. Eran dos camaradas valientes, nobles y buenos. Al ir a redactar el triste informe para enviarlo a los familiares de ambos, vieron con asombro que Fred Winsbury había terminado su ficha de filiación, contestando a la pregunta: «A quién debe avisarse en caso de desgracia?», con una respuesta tan escueta como elocuente: «A nadie».

CAPITULO II

Han transcurrido cinco años. El eco del último cañonazo se ha extinguido en la lejanía. Los hombres que un día olvidaron el precepto cristiano: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», para lanzarse ciegamente unos contra otros han terminado de dirimir sus querellas. Muerte, desolación, miseria, hasta para los vencedores, ha sido la triste herencia de cuatro años de guerra. Pero la vida sigue, y París la capital del mundo ha borrado aparentemente las dolorosas huellas del pasado, y se ha convertido de nuevo en la ciudad frívola y alegra de todos los tiempos.

En la representación diplomática de Inglaterra en París, se celebraba aquella noche una recepción en honor de un personaje hindú. El «clou» de la fiesta debía constituir la presentación de Gloria Delamare, la gran cantante francesa, a quien, aquellos cinco años transcurridos no habían hecho más que aumentar su belleza y refinar su arte exquisito. Por una extraña coincidencia, asistía también a la fiesta uno de los seis oficiales del castillo de Iprés. El teniente Lincoln.

Con él precisamente estaba hablando en aquel momento un diplomático gordo y orondo, acerca de los dos años que el primero había pasado en la India, cierta facultad que según decía la gente, había adquirido el joven oficial de leer en el pensamiento de las gentes. Ciencia interesante y un poco peli-

grosa a veces, cuando, por ejemplo, se llevaba una carta de una encantadora y rubia parisienne en la que no sabemos si sinceramente o por un fino sentido del humor la mujercita galante le llamaba «pichoncito mío» y otras lindezas.

—Muchas gentes no creen en las ciencias ocultas, y sin embargo...

—¿Sería usted capaz de adivinar lo que llevo en el bolísono izquierdo de mi americana? — inquirió el diplomático con ironía.

—Lleva usted una carta que sería conveniente no leyera su esposa.

—¡Caramba con el vidente! — pensó nuestro hombre un tanto escamado prometiéndose en su fuero interno destruir cuanto antes la peligrosa misiva.

En efecto, así lo hizo, mientras Gloria cantaba y su mujer, distraída escuchando a la cantante, no podía notarlo.

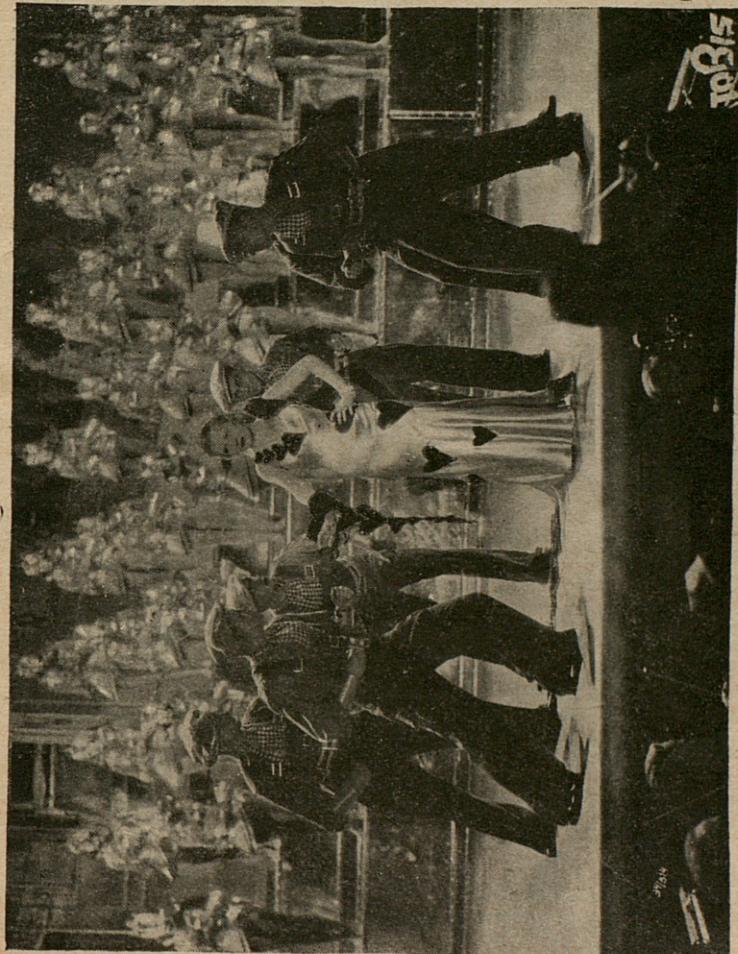
Llegó uno de los invitados más conspicuos. Se trataba de un lord auténtico, uno de los hombres más ricos de Inglaterra, al que no obstante, todo el mundo conocía por el sencillo diminutivo de Bob. Bob, con su impecable elegancia británica, su flama no menos inglesa, su cartera repleta y su buen humor sempiterno, era elemento indispensable en todas las fiestas de sociedad.

El inglés había conocido hacia algún tiempo a Gloria Delamare. Verla, escuchar su voz, tratar amistad con ella y enamorarse como un doctrina fué cosa de un instante. Desde entonces su amor por la gentil cantante había ido en «crescendo». Empezó por hacerle una corte asidua y rendida, sin que ella hiciera lo más mínimo para pararle los pies, pero sin demostrarle ¡ay! que se daba por enterada de ello.

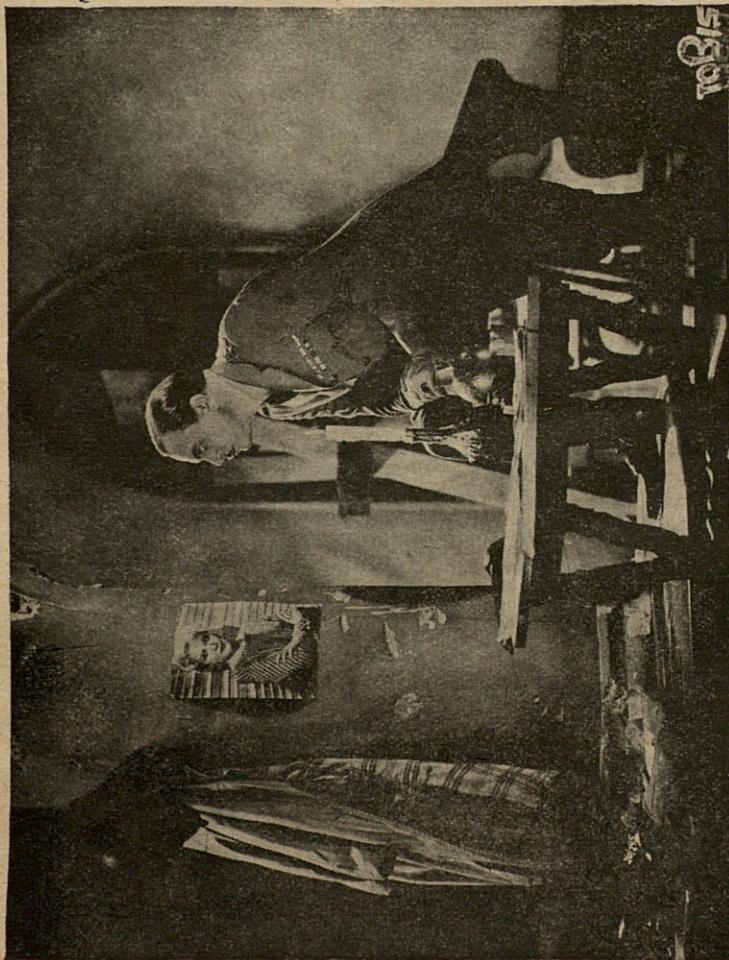
Lo primero que hizo Bob al llegar al guardarropía fué escribir en una tarjetita la frase que venía repitiendo a Gloria día tras día, por teléfono, por escrito, y de palabra, cada cinco minutos: «I love you».

Un ratito después, la dama de sus pensamientos, deslumbrante de belleza, de gracia, de juventud, aparecía ante el escenario improvisado, para deleitar al público selectísimo que llenaba el salón, con su voz irresistiblemente seductora.

Una salva de aplausos premió la actuación de la cantante. Verdaderamente el arte de Gloria Delamare era algo extraordinario. Como si esto fuera poco, era además, ¡tan bella, y tan encantadora! Viéndola y escuchándola se comprendía la



Gloria Delamare, actuaba en uno de los mejores cabarets de París.



Fred Winsbury en su pequeño cuarto de combatiente, contemplaba el retrato de Gloria Delamare.

pasión que había logrado despertar en el inflamable corazón de Bob.

Terminó el concierto y Gloria Delamare se reunió con los demás invitados. Todo el mundo acudió a saludarla, a felicitarla por su actuación.

También se le acercó un criado, portador de un telegrama. Gloria lo abrió extrañada. No llevaba firma, pero no hubo de esforzarse mucho para adivinar quién era el autor del envío. Las dos palabras «Te quiero» eran de por sí bastante elocuentes. Buscó con la vista a Bob, segura de hallarlo entre los invitados. En efecto, allí estaba el honorable sir Ramsay, mejor dicho, su enamorado galán, que se le acercó, y besó galantemente la mano de la diva. Gloria escuchó sonriendo sus eternas protestas de cariño, sin mostrar enojo ni contento. Al fin, con entonación maliciosa, insinuó:

—Siento decirle que tendrá que pasarse usted una temporadita sin verme, mi querido Bob: Voy a tomarme unas vacaciones, que por cierto tengo bien merecidas.

—No es ninguna novedad para mí. ¿Va usted a Madeira, no es cierto?

—Pero, ¿cómo...?

—¿Cómo he podido saber esto que usted tenía tanto interés en ocultarme hasta ahora? ¡Ah, querida amiga, permítame que yo, a mi vez, guarde el secreto. Pero por si siente usted curiosidad por saber quién será el viajero que ocupará el camarote contiguo al suyo, le diré que soy yo mismo.

—Adiós mis vacaciones! — exclamó Gloria con tono compungido.

En aquel momento pasó junto a ellos el teniente Lincoln. Bob hizo las presentaciones. Hablaron largo rato, y Gloria, que conocía las dotes de vidente que le atribuían le preguntó un poco burlonamente qué veía en su vida. Lincoln pareció abstraerse unos instantes. Sus ojos negros, de mirada penetrante, se posaron en un punto lejano. Al fin, con voz grave y serena, murmuró más que dijo:

—La veo a usted en un castillo de Flandes, en Iprés...

—En Iprés? No he estado allí nunca.

—No importa — continuó diciendo el joven, — la veo allí, eso es todo.

—¿Conoce usted este castillo?

—Si lo conozco — siguió diciendo Lincoln con la misma

actitud estática — es un castillo famoso. En este castillo fué usted amada como pocas mujeres hayan podido serlo.

—Iprés..., un castillo... — repitió Gloria.

Quiso sonreír, pero no pudo. El rostro del «vidente» estaba mortalmente pálido, y sus ojos que seguían fijos en un punto lejano, tenían una expresión intensamente dolorosa.

Al día siguiente, Gloria recibió la visita de su manager. La joven que estaba preparando sus maletas para emprender cuanto antes su viaje de vacaciones, se sorprendió al verla, tanto más cuanto la noche anterior se había despedido de él hasta su regreso. Aquella visita mañana la escamaba un poco. Aquel hombre era incansable buscándole contratas. La había tenido un año entero cantando casi diariamente, sin permitirle un descanso de una sola semana para cobrar resuello. Se sentía mortalmente fatigada, y a pesar de agradecerle sus inestimables servicios, estaba dispuesta a no dejarse tentar esta vez, y marcharse a Madeira, aún cuando tuviera que pelearse con él.

En efecto, Gloria no se había equivocado. El manager venía a proponerle un contrato que le habían ofrecido para ella ¡y qué contrato! Veinte conciertos en las principales ciudades de Bélgica y Holanda, con una remuneración fantástica. Pero Gloria no quería ir a cantar a Bélgica ni a Holanda, ni a la Indochina. Quería irse a la gloriosa isleta de Madeira, perdida en medio del Atlántico, aquella isleta de ensueño, aquel bello rincón de la tierra. Quería descansar unos días, tenderse en la playa dorada, cara al sol, olvidar público, aplausos, admiradores, camerinos, escenarios, ensayos, representaciones... ¡Oh, no, no, por todo el oro del mundo no renunciaba ella al placer de aquellas vacaciones!

Pero he aquí que entre las ciudades que estaba enumerando el manager como figurando en el contrato acababa de citar una que tuvo la virtud de interesar enormemente a Gloria y hacerla abandonar aquella actitud de rabiosilla intransigencia que había adoptado desde el primer momento. El manager había nombrado Iprés, la pequeña ciudad de Flandes, la ciudad en la que según el teniente Lincoln, había un castillo famoso en el cual ella «había sido amada como pocas mujeres habrían podido serlo».

—¡Iprés! — murmuró casi para sí — ¡Iprés!

Y luego volviéndose hacia su manager, comentó:

—Pero Iprés es una ciudad pequeña.

—Sí, pero según parece hay un buen núcleo de ciudadanos aficionados a la buena música.

¿Qué extraña curiosidad se apoderó de Gloria un momento antes tan decidida a renunciar al fabuloso contrato que se le ofrecía, para que se decidiera repentinamente a aceptarlo? Las palabras que la noche antes pronunció un hombre al que la gente calificaba burlonamente de «vidente» fueron las causantes de aquel brusco cambio de parecer, y de que Gloria cogiera entre sus delicados dedos la pluma que le tendía su manager y estampara su firma al pie del contrato. Y aunque ella se dijo a sí misma que Bob era el único culpable de aquella locura, ya que, al decidirse a acompañarle le iba a arruinar su viaje de vacaciones con su eterno estríbilo amoroso, ella sabía en su fuero interno, que aquello no era cierto, que ni Bob ni nadie le habrían hecho cambiar de parecer y que sólo Iprés y su castillo habían sido los que inclinaron su ánimo a variar su itinerario y tomar de nuevo el tren, de ciudad en ciudad, de escenario en escenario, cosechando aplausos, dinero, gloria, todo, todo, menos lo que tan ardientemente había deseado hasta hacía un momento. Un poco de descanso, un poco de paz, de tranquilidad, en medio de aquel bullicio de su vida de artista.

CAPITULO III

Cuando Gloria llegó a la famosa ciudad flamenca era noche cerrada y llovía torrencialmente. El taxi la llevó al único hotel de primera categoría de la ciudad. Esto de que era de primera categoría había que creerlo porque así lo afirmaban las guías turísticas, pero la cantante se sintió inmediatamente inclinada a ponerlo en duda en cuanto puso el pie en él. Era modesto, modestísimo, pero, afortunadamente, parecía confortable y limpio. El solo hecho de encontrar un techo bajo el cual cobijarse aquella noche de tormenta era ya de agradecer.

El «groom» que había acudido a recibirla con el paraguas abierto apenas el taxi se paró en el portal del hotel, hacia también las veces de portero, de manager y de camarero. Fué él quien la hizo firmar en el libro registro, después de haberla demostrado, al señalarle un cartel anunciador de la actua-

ción de la artista en Iprés que adornaba la pared del hall, que había reconocido su gentil persona, y fué él también quien la acompañó a la habitación mejor del hotel, un cuarto sencillo, pero grande, limpio y confortable. Gloria cerró la puerta tras de sí y se dispuso a cambiar de vestido, mientras el joven y diligente muchacho bajaba las escaleras de cuatro en cuatro, cogía el libro registro y de entre sus hojas sacaba un retrato de la artista, que gracias a la complicidad de un papel carbón sabiamente colocado, Gloria había firmado sin darse cuenta, al poner su nombre en el libro registro.

Precisamente en el momento en que nuestro joven se dedicaba a la contemplación de su obra apareció el dueño del hotel, un flamenco alto, gordo, de cara abotargada, quien, al enterarse de que Gloria Delamare acababa de llegar y había sido conducida a la mejor habitación de la casa, en lugar de alegrarse puso el grito en el cielo, dedicó unos cuantos epítetos mal sonantes al infeliz subalterno que le escuchó alejado y subiendo rápidamente la escalera, llegó hasta la puerta del cuarto que ocupaba Gloria, llamó con los nudillos, y casi sin esperar a que ella le diera el permiso de entrada, se coló dentro. Lo que tuvo que oír Gloria de labios de aquel hombre fué algo verdaderamente asombroso.

—Señora — le dijo el flamenco, inclinándose respetuosamente —, el muchacho ha sufrido un lamentable error. Esta habitación está ya comprometida. Esta misma noche, en el tren de Bruselas debe llegar la ocupante de la misma. Lo siento mucho, pero...

—Comprendo — aceptó Gloria resignada. —Condúzcame usted a otro cuarto.

—Es el caso que no tenemos ni una sola habitación desocupada en este momento.

—No pretenderá usted que salga del hotel y vaya a deambular por ahí en busca de nuevo alojamiento, con la noche que está haciendo...

—No sólo no lo pretendo, sino que le digo desde ahora que no encontraría en todo Iprés un solo hotel digno de albergarla. He subido para disculparme y también para facilitarle la manera de solucionar el aparente problema de su alojamiento. Sabíamos que la señora tenía que venir, y le hemos hecho reservar una habitación inmejorable, pero no aquí.

—¿En dónde?

Cuando las habitaciones de este hotel se encuentran todas

ocupadas, cosa que ocurre muy amenudo, solemos enviar nuestros huéspedes más distinguidos a otro lugar en donde sin duda alguna se hallarán todavía mejor que aquí. Me refiero al castillo de los duques de Mozeray. El célebre castillo de Iprés.

—¡El castillo de Iprés! — exclamó Gloria, palideciendo ligeramente.

—Sí. Allí podrá la señora ser atendida como merece. Está un poco lejos y a estas horas y con el tiempo que hace sería un poco difícil encontrar un taxi, pero haré que enganchen el coche del hotel y que la conduzcan allí... Es decir, si la señora no tiene inconveniente en ello.

Gloria tardó un rato en contestar, el tiempo que necesitó para volver del lugar a donde su imaginación la había llevado por unos momentos. A los salones de la Embajada británica, junto a Lincoln. En sus oídos martillearon una vez más las palabras que el joven pronunciara. «Castillo en Iprés», «Amada como pocas mujeres...»

—Vamos allá — contestó al fin en voz baja, como hablando consigo misma.

Descendieron la escalera que conducía al hall. Como no era cosa de cargar con el voluminoso equipaje de la diva, Gloria se llevó solamente un maletín. Un cuarto de hora después el coche que la conducía se paraba frente a la puerta del castillo.

Seguía lloviendo torrencialmente. Un viento huracanado azotaba las ramas de los árboles. La noche era obscurísima. El castillo, situado en despoblado, era una mole inmensa de piedra, con dos torres muy altas. Al descender del coche y ver que aún antes de llamar la enorme puerta del edificio se abría lentamente rechinando sobre sus goznes, Gloria Delamare no pudo contener un ligero estremecimiento. ¿Dónde había visto ella situaciones semejantes a aquella? ¡Ah, sí, sí! En las películas vulgarmente llamadas «de terror», aquellas películas cuyo argumento se desarrolla casi siempre en un castillo misterioso, como aquel, y en una noche tormentosa como aquella. Se rió de sus temores pueriles y entró resueltamente en el edificio, seguida del mayordomo del castillo que era el que había acudido a abrir la puerta, y que por una extraña coincidencia, tenía también un aspecto bastante parecido al obligado mayordomo de las películas de terror. Alto, enteco, mejillas hundidas ojos de un azul metálico, cabello cano, voz reposada y cavernosa. Con aquella voz, precisamente, le había

dicho algo que asombró vivamente a nuestra heroína: «Señora», habían pronunciado sus labios al verla. «Entre usted. La estábamos esperando.

Gloria entró, no sin sentir un ligero escalofrío recorrerle todo el cuerpo. ¡Caramba con el castillo de Iprés! ¿Quién habría sido el hombre que se habría dedicado a amarla platónicamente en aquel lugar apartado y solitario? Lincoln había sido tan breve, tan parco, en sus explicaciones! Le había hablado del tiempo de guerra, de un hombre taciturno y apasionado, pero sin entrar en detalles, rehuendo una explicación más detallada de todo aquello que había venido a insinuarlo.

El interior del inmenso edificio era de una magnificencia soberbia. Su aspecto resultaba muy distinto del que ofrecía unos años antes, cuando las exigencias de la guerra lo habían convertido en cuartel. Gloria se paró unos instantes en el hall contemplando maravillada y un tanto sobrecogida, la grandiosidad del mismo. Después siguió dócilmente al criado, que la guiaba hacia las habitaciones que debía ocupar durante su estancia en Iprés... si no volvía sobre su acuerdo y dejaba el castillo a la mañana siguiente.

¿Estaría ocupado por otros huéspedes? El dueño del hotel le había dicho que solían mandar allí a los clientes que no podían conseguir alojamiento en la ciudad.

La habitación que le había sido destinada era verdaderamente regia. Muebles antiguos, macizos, suntuosos, cuadros, tapices, lámparas, grandes y pesados cortinones de damasco... No resultaba empero, demasiado acogedor todo aquello. Más bien habría podido decirse que era todo lo contrario. Gloria empezó a sentirse un tantillo inquieta. Una curiosidad irreprimible la había traído allí, pero aquel ambiente auténtico de película terrorífica bien a pesar suyo, principiaba a inquietarla un poquito. ¡Nervios, puros nervios!, se dijo a sí misma para tranquilizarse.

El criado se retiró discretamente después de haberle anunciado que la cena estaba lista y que, el menú consistía en huevos a la «cocotte» y pollo asado. Precisamente la comida que ella había confesado preferir una vez que un periodista de estos, que se dedicaban a hacer a las artistas preguntas tan insultas como inútiles, le había preguntado sobre esto.. Desde entonces la pobre Gloria había tenido que soportar tantos banquetes a base de huevos a la «cocotte» y pollo asado, que ya empezaba a darle náuseas aquella comida.

—¿Acaso ha leído usted en algún periódico que este es mi manjar favorito? — inquirió con un leve dejo de ironía.

—No, señora. Es el único menú que podemos servirla — respondió el criado, sin que se alterara un solo músculo de su rostro.

—¿A quién pertenece en realidad este castillo?

—A los duques de Mozeray, pero en la actualidad no residen en él.

—¿Hace mucho tiempo que está usted a su servicio?

—No mucho, señora. Sólo treinta años.

—Treinta años! — exclamó Gloria, que todavía no había cumplido las veinticinco primaveras y a quien, como es natural, aquel tiempo le parecía una eternidad.

—Mi padre estuvo a su servicio durante cincuenta años — aclaró el mayordomo

Todo aquello que estaba diciendo el hombre era muy natural, muy corriente y muy verosímil, pero, ¿por qué se obstinaba en decirlo con aquel aire tan tétrico y aquella voz de ultratumba?

Al fin, el criado se había ido, dejándola sola en aquella habitación tan grande y suntuosa. Gloria se sentó frente al tocador y se contempló unos instantes al espejo. ¡Si seré tonta!, se dijo a sí misma al ver el aspecto demudado de sus facciones. ¡Pues no estoy verdaderamente emocionada! Y hasta casi, casi me atrevería a asegurar que tengo un poquitín de miedo. Si Bob, el inoportuno Bob hubiese llamado en aquel instante a la puerta de su cuarto, habría sido capaz de echarle los brazos al cuello. La maldita tormenta tenía la culpa de todo. Sin el ruido de la lluvia, sin el retumbar del trueno, sin el silbido del viento, el castillo habría tenido un aspecto completamente distinto.

Se asustó de pronto al oír un ruido misterioso en la ventana. Empero, como era una mujercita valiente no salió corriendo del cuarto, escaleras abajo, chillando y pidiendo socorro, sino que se apresuró a abrirla para ver lo que motivaba aquel ruido. Eran los postigos que se habían dejado sueltos y a quienes el viento sacudía fuertemente. Se apresuró a sujetarlos y cerró herméticamente la ventana.

Siempre coqueta, Gloria se vistió un espléndido traje de noche de lamé de plata, muy escotado, que le sentaba a maravilla. No sabía todavía si tendría que cenar sola o habrían otros invitados en el castillo, con quienes tendría que alternar en el comedor. Pronto iba a salir de dudas porque al poco

rate llamaron a la puerta y la voz cavernosa del criado le anunció que la cena estaba servida.

La joven cantante salió del cuarto y siguió al mayordomo a través de una serie interminable de salones, todos grandes, todos sumptuosos. Por fin llegaron al comedor, más grande y más sumptuoso todavía. En el fondo una gran chimenea, en torno a la cual cinco años antes unos hombres se habían reunido a descansar del frigor del combate para oír la voz imponente de la diva. Pero ella ignoraba aquel detalle, como ignoraba muchas otras cosas que habían transcurrido en el castillo durante los cuatro años de guerra.

La colocación de una docena de sillas en torno a la larga mesa, le hizo sospechar a Gloria si en efecto habrían otros huéspedes que se habrían retrasado un poco y no tardarían en hacer acto de presencia, o puestos a ser fieles con la «mise en scène» que la rodeaba, ¿no sería Boris Karloff o Bela Lugosi, o cualquiera de aquellos terroríficos personajes de las películas, los que aparecerían de pronto como por arte de magia para compartir su cena con ella y darle de paso, un susto tremendo?

Pero no, no fué así. No fué ninguno de aquellos seres indeseables el que hizo su aparición en el comedor. Acababa de oír unos pasos que se acercaban, volvió la cabeza, y...

Junto a la chimenea había un hombre, un hombre rubio, distinguido, elegante que vestía el uniforme de oficial del ejército británico. Aquel hombre se parecía al desaparecido Fred Winsbury como una gota de agua a otra gota de agua. Casi, casi habría podido asegurarse que era él mismo. Gloria, que no lo conocía y por lo tanto ignoraba las circunstancias de su desaparición unos años antes, se preguntó, no obstante si aquel apuesto oficial sería un ser vivo, o el «fantasma» obligado de todos los castillos. Aquel fantasma que acostumbran a albergar aquellos edificios y que acostumbran a proporcionar más de un disgusto a los modernos habitantes de los mismos. Si era en realidad un «fantasma», habría que reconocer que era de «primísimo cartello».

El hombre aquel, que por cierto acababa de aparecer ante ella al dar la última campanada de las doce (también como un fantasma), se acercó a la joven, que le vió avanzar hacia ella sin pizca de miedo, besó galantemente la mano que ésta le tendía y permaneció unos instantes en silencio, mirándola

fijamente, muy fijamente, con una expresión tan intensa y profunda, que Gloria acabó por turbarse ligeramente.

—¿Es usted acaso un huésped del hotel que ha sido enviado aquí, como yo, por falta de alojamiento? — preguntó ella.

El recién llegado hizo un gesto vago, que lo mismo podía ser de aquiescencia que de disentimiento.

—Acaso...

—Soy un oficial que durante la gran guerra estuvo alojado en este castillo — repuso al fin el hombre con voz grave — Llámeme Teniente X.

Y de nuevo las palabras del teniente Lincoln volvieron a sonar en los oídos de Gloria Delamare. Acaso, acaso aquel hombre...

—¡Bah! — se dijo a sí misma la diva, encogiéndose de hombros. —Qué tontería! ¿Por qué ella, acostumbrada a recibir con suprema indiferencia los homenajes de los hombres habría dado tanta importancia a aquella frase del joven «vidente», asociándola ahora a la inesperada presencia del recién llegado?

El nuevo huésped — que esto debía ser sin duda — se sentó a su lado. Le dijo como él y sus compañeros habían admirado su voz, su voz prodigiosa, y como ella había sido el único aliciente de sus horas duras de campaña. Gloria se levantó entonces y fué al piano, un magnífico piano de cola que había en el castillo, y cantó aquella canción tan seductora, una y otra vez, y el hombre que un momento antes era un desconocido para ella la escuchó con arrobo, en un silencio casi religioso, mirándola siempre con sus ojos azules, de mirada profunda y triste. Luego volvieron al comedor, y él escanció unos vasos. Bebieron — daba la pícara curiosidad que los vinos de la mesa eran los preferidos de Gloria — bebieron mucho, quizás demasiado. Al final, la joven sintió, no sin cierta alarma, que el alcohol empezaba a subirselo a la cabeza, mareándola terriblemente.

Sería tal vez por esto, que todo lo que le estaba sucediendo, su llegada a Iprés, bajo la lluvia, su instalación en el castillo, el mayordomo, y sobre todo, la brusca llegada — casi se habría atrevido a decir «aparición» — de aquel hombre le parecía algo fuera de la realidad, una aventura extraña y sobrenatural, un sueño o cosa parecida.

Incapaz de permanecer en pie, se sentó en uno de las sillas de alrededor de la mesa, y empezó a hacerse aire con

las manos. Sentía un calor terrible en las mejillas, una pesadez extraña en la cabeza... Y el desconocido siempre a su lado, mirándola, mirándola cada vez más intensamente, casi diría apasionadamente...

— «Fuma usted? — le preguntó al fin.

— Si, pero sólo unos cigarrillos especiales que mando fabricar para mí.

Su compañero cogió entonces una arquilla que había sobre la mesa, la abrió y... Gloria no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. La caja estaba llena de cigarrillos de los que ella fumaba, aquellos cigarrillos especiales, largos y finos, con sus iniciales en uno de los bordes.

Cogió uno de ellos con mano temblorosa. Ahora ya empezaba a dudar de que estuviera en posesión de sus cinco sentidos, o por lo menos de que estuviera despierta. Rió ligeramente para ocultar su turbación y...

— ¿Quién ha preparado todo esto? — comentó al fin, con un leve temblor en la voz. — Parece cosa de ensueño. Llego a un castillo desierto, encuentro a un hombre desconocido que dice haber estado aquí antes, y haber escuchado mi voz muchas veces entre estas cuatro paredes, me sirven mis manjares preferidos, mis vinos predilectos, «mis» cigarrillos... ¿Quién es usted? ¿Acaso es un hechicero?

— Podría ser — le repuso el desconocido, sonriendo.

— ¿Y podría usted concederme cuanto se me antojase?

— Tal vez.

— Entonces... quiero bailar, quiero que suene la música...

El desconocido dió unas palmadas, y enseguida, una música oculta dejó oír los primeros compases del baile favorito de Gloria. Se inclinó luego galantemente ante ella, invitándola a bailar, y Gloria sugestionada, sobre cogida, asustada casi, se dejó enlazar por el talle, y conducir hasta el centro del salón. Lo que experimentó la joven en el breve tiempo que permaneció en brazos de aquel hombre, o fantasma, no habría podido explicarlo. Persistía en ella la sensación de irreabilidad, de ilusión, de sueño...

Hasta que los labios del desconocido, posándose apasionadamente sobre los suyos en un beso largo y prolongado, tan real, que la hizo estremecer de pies a cabeza, le hicieron comprender que no soñaba, sino que estaba viviendo aquel momento.

El encanto acababa de romperse. Aquella sensación de irreabilidad, de fantasmagoría, se había desvanecido por completo. Eran sólo un hombre y una mujer, en una noche de tormenta, en un castillo lejano, abandonados a sus sentimientos.

Antes de que el beso volviera a repetirse ya Gloria había repelido vigorosamente el abrazo, rechazando al hombre, apartándolo lejos de sí, sin que él se atreviera a hacer ni un gesto para retenerla. Al contrario, quedó clavado en el sitio, mirándola con su eterna mirada apasionada y triste, mientras Gloria se erguía ante él desafiadora e indignada relampagueantes de ira sus hermosos ojos diciéndole:

— Ahora lo comprendo todo. Era esto, solamente esto lo que pretendía usted. Una aventura vulgar, preparada de modo que pudiera parecerlo un poco menos. El dueño del hotel que me envía al castillo, el mayordomo misterioso, la comida, los vinos, los cigarrillos que yo prefiero, todo, todo magníficamente preparado. Es fácil enterarse de los gustos preferidos de una vedette de moda. Todo ha salido a pedir de boca, pero permitame que le diga que me parece tan estúpido como pueril.

No dijo más. Miró al «ex fantasma» de arriba abajo, con una mirada de profundo desprecio y volviéndole la espalda salió al comedor, atravesó los salones, subió la escalinata y entró en su cuarto, dando un portazo. Al mirar a su alrededor vió que toda la habitación estaba llena de flores, y de que aquellas flores eran también sus preferidas. Las bellas, las imponentes flores de almendro. Y a pesar de su vivísimo enojo Gloria Delamare no pudo menos de sonreírse.

Desde que Gloria firmó el contrato para aquellos veinte conciertos en Bélgica y Holanda hasta que llegó a Iprés en una noche de tormenta, transcurrieron unos días, que la estrella aprovechó para correr por París, haciendo compras, mientras todo el mundo la creía de viaje de vacaciones a Madeira. Hasta el pobre Bob lo había creído así, y se había apresurado a embarcar rumbo a la isla, en el lujoso transatlántico en el que iba a embarcar también Gloria. Su desilusión al comprobar que la dama de sus pensamientos no sólo no se contaba entre el pasaje, sino que no se hallaba tampoco en ningún rincón de la hermosa isla, fué muy grande. Volvió el pobre hombre a París, triste y cariacontecido, y se dedicó a buscar a Gloria, pero tampoco se hallaba en

la Villa Lumière y ninguna de las personas a quienes preguntó pudo o quiso darle razón del paradero de la cantante.

Aquella noche, asistía a una fiesta de la Embajada, y se dedicaba a contarle sus cuitas a un amigo enterado de su pasión por la artista.

Dos días de navegación con un temporalazo enorme, en viaje de ida, dos más en viaje de vuelta a Lisboa, unas horas en avión desde la capital lusitana a París, con un mareo horrible. ¿Y todo para qué? Para oír hablar el portugués, porque lo que es a Gloria no le he visto ni un pelo.

Allí estaba precisamente el teniente Lincoln jugando al pocker con unos amigos. Tal vez él pudiera «adivinar» dónde estaba Gloria. Pero el cruel «vidente» no quiso decírselo tampoco. Sólo más tarde se enteró de que la joven había salido de «tournée» y de que en aquellos momentos debía hallarse en Iprés.

Ni corto ni perezoso Bob emprendió la ruta carretera adelante, hacia la tierra flamenca. Iba en busca de Gloria para repetirle una vez más su estribillo amoroso, sin importarle un ardite que una vez más lo rechazara ella.

CAPITULO IV

Gloria se despertó muy temprano, abrió inmediatamente los ventanales de la habitación y se sorprendió agradablemente al notar que el mal tiempo había cesado y que hacía un día magnífico. Así a la luz del sol, el castillo perdía toda la severidad y misterio de la noche antes. Recordó lo sucedido y una vez más le asaltó la duda. ¿Sueño o realidad? De no haber sido por aquel beso que todavía le quemaba los labios habría asegurado que, en efecto, se trataba de un sueño.

Descendió al comedor, no había nadie. En cambio, en el hall, encontró a una gentil criadita, que le sirvió un espléndido desayuno en una mesita junto a la ventana. Gloria preguntó «por el otro huésped», y con gran asombro suyo la criada le dijo que no sabía de la existencia de ninguno. Bien es verdad que ella sólo prestaba servicio en la casa por las mañanas.

La joven se levantó, empezó a recorrer todo el castillo, ¡en busca de qué? Del «fantasma». Nadie, ni un alma, ni siquiera el mayordomo. Llegó al comedor. Allí, junto a la chimenea había una puerta excusada por la cual la noche antes había entrado el hombre misterioso. Sus ojos se fijaron de pronto en algo que la hizo estremecer. Colgado de una percha de un armario que acababa de abrir se hallaba la guerrera que el desconocido lucía la noche pasada. Gloria la cogió, la palpé ansiosamente. En uno de los bolsillos interiores había un papel. Gloria lo desdobló con manos temblorosas y lo leyó ávidamente. Era una carta, una carta dirigida a ¡Gloria Delamare! fechada en el año 1918 y firmada por un tal Fred Winsbury. Aquella carta era, a pesar de su brevedad, el más perfecto y elocuente poema de amor que haya podido escribirse. En ella se había volcado toda entera el alma de un hombre, un hombre de corazón apasionado, tierno, sensible, humano... un hombre locamente enamorado de una mujer lejana, a la que nunca había visto... de ella, ¡de ella!!

Los ojos de Gloria se llenaron de lágrimas, y la mujer que había leído con indiferencia tantas cartas de amor, se sintió turbada como una adolescente de catorce años ante la primera misiva amorosa...

En aquellos momentos Bob estaba llegando al hotel de Iprés. Preguntó por Gloria Delamare, le dijeron que no sabían dónde se hallaba, pero el inglés acababa de ver el equipaje de la artista en el hall del hotel y dirigiéndose al dueño del albergue le dijo con tono cominatorio:

—Ahora no pueden ustedes engañarme. O me dicen dónde está la señorita Delamare o llamo a la policía.

No hubo más remedio que decírselo, y cuando Bob llegó al castillo y se dispuso a entrar para arrebatar de quizás que terrible peligro a la dueña de su corazón, ésta apareció ante sus ojos más bella, más pimpante y más fresca que nunca. La presencia de su sempiterno adorador no pareció afectarla demasiado; le dijo sencillamente, como si le estuviera esperando:

—¡Ah!, ¿ya está usted aquí?

—Sí, Gloria, he recorrido cientos de kilómetros para decirte una vez más que la adoro, que no puedo vivir sin usted, que...

—Ha llegado usted un poco tarde, amigo mío — fué la «alentadora» respuesta de la diva. —Creo que ya estoy enamorada... de otro hombre...

Aquella noche Gloria cantó ante el público provinciano de la célebre ciudad flamena, un público muy distinto del de las grandes ciudades, pero mucho más culto, mucho más sensible, mucho más amante de la música y mucho más seleccionado que aquél. Un público que la escuchó fervorosamente, con una emoción casi religiosa.

Y cuando Gloria inició las primeras notas de su canción favorita, aquella canción del disco que cantaba siempre en todos sus conciertos, vió de pronto, de pie en un rincón del salón, apoyado contra una columna, al misterioso desconocido del castillo, al hombre-fantasma, al oficial británico, vestido ahora con su frac impecable La voz de Gloria tembló ligeramente, pero enseguida se repuso y cantó mejor que nunca, con un acento cálido, apasionado, con una voz que la emoción hacía mil veces más seductora. Desvió un momento los ojos, temerosa de que la mirada intensa de aquel hombre la impidiera seguir cantando y cuando, obedeciendo a un deseo irreprimible volvió a mirar... el desconocido había desaparecido, se había esfumado, como una aparición... El semblante de Gloria expresó una tristeza infinita, y sus ojos buscaron ansiosamente, ávidamente, por todos los ámbitos de la sala. Nada, nada, ni sombra de aquel hombre.

Pero no importaba. Ella estaba segura de que él acudiría a su encuentro al terminar el concierto. Tanto lo creía así que al retirarse a su camerino le dijo al conserje:

—Si viene un señor alto, rubio, preguntando por mí, hágallo pasar a mi camerino.

Terminó el concierto. Gloria fué festejada, aplaudida, celebrada. Poco a poco fueron retirándose los espectadores. Gloria — que acababa de despedir a Bob diciéndole que no podía ir a cenar con él porque tenía un compromiso con... con aquel de quien estaba enamorada, se quedó en el camerino esperando. Estaba segura de que vendría. ¿Acaso no le había mandado un ramo de flores de almendro, aunque sin tarjeta ninguna? Pero pasó el tiempo y él no vino. La joven hubo de retirarse triste y descorazonada.

Se sucedieron los días con una rapidez de vértigo. Trenes, coches, restaurantes, hoteles, ciudades, Bruselas, Gante, Lieja, Amsterdam, Rotterdam, éxito apoteósico por doquier, aplau-

sos, flores, homenajes... Todo lo que puede deseiar la mujer más exigente; todo lo que puede ansiar la artista más ambiciosa, lo tuvo Gloria con creces.

Pero aquello que antes constituía la única razón de su existencia, no podía ya llenar la vida sentimental de la artista. Gloria no era la mujer feliz de unas semanas antes. Una nube de tristeza empañaba el cielo de su dicha. Gloria estaba triste, profundamente triste, porque desde la noche del concierto de Iprés no había vuelto a ver aquel ser extraordinario, del que se había enamorado perdidamente, de aquel nombre misterioso, firmante de una carta apasionada, escrita cinco años antes, de Fred Winsbury, el huésped del castillo.

Bob, el bueno de Bob, el paciente y enamorado Bob, hacia todo cuanto le era posible para distraerla. Todo inútil. Gloria Delamare que lo tenía todo, quería ahora la sola cosa que no le era dable obtener. Y el inglés, que sin ser excesivamente materialista vivía cueradamente de realidades, empezaba a preguntarse si el causante de todo aquello existía realmente o su gentil compañera estaría un poco trastornada.

Terminada brillantemente la «tournée», la diva hubo de trasladarse a Londres, para actuar allí. Bob la acompañó. A bordo del vapor, la muy ingrata tuvo la crueldad de lamentarse de «no tener un verdadero amigo».

—¡Gloria! ¿Acaso no soy yo un buen amigo? — protestó él indignado.

—Oh, no, no! Si lo fuera me traería a Fred Winsbury.

—¿Y qué quiere usted que yo le haga si él ha desaparecido misteriosamente?

—Tal vez poniendo un aviso en el periódico. Estoy segura de que se presentaría. Su apellido es inglés. Tal vez esté en Londres ahora.

Y se puso el aviso en uno de los diarios de mayor circulación de Londres, rogando a Fred Winsbury, oficial del ejército, que se presentara en la casa que Gloria había alquilado en la ciudad, pues debía permanecer allí una larga temporada.

Pero el resultado fué nulo. Fred seguía sin aparecer. Entonces Bob sugirió la idea de que la joven fuese a ver a unos Winsbury que figuraba en el listín de teléfonos. Al parecer, aquel apellido pertenecía a una de las familias de más rancio abolengo de Inglaterra.

Venciendo sus últimos escrúpulos, la joven se decidió a seguir el consejo de su amigo, y fué a ver a los Winsbury. Con gran alegría suya, fué recibida inmediatamente por el dueño de la casa, un hombre de pelo cano, de aspecto distinguidísimo, y de corrección netamente británica, que le señaló un asiento frente a él. Gloria, tan acostumbrada a triunfar ante las multitudes; se sentía ahora presa de una timidez inconcebible.

—Vengo a preguntarle por un Winsbury que conoci hace algún tiempo — empezó por decir con voz un poco temblorosa.

—Si se trata de un Winsbury, indudablemente será pariente mío. Todos los Winsbury estamos emparentados. Dígame usted, señora, ¿cómo se llama y dónde le conoció? — inquirió el señor con una amabilidad exquisita.

Se llama Fred Winsbury, le conoci en Iprés, en circunstancias muy originales.

El rostro afable y sonriente de su interlocutor sufrió un cambio brusco. Gloria le vió palidecer intensamente, morderse los labios y...

—Permitame señora que no hable de este Winsbury por quien usted pregunta — repuso con voz dura. —En esta casa hace mucho, mucho tiempo que no se pronuncia el nombre de esta persona por la cual usted se interesa.

La diva comprendió que aquellas palabras dichas con un tono que ni siquiera se había esforzado en ser cortés, equivalían a una despedida. Se levantó turbadísima, incapaz de pronunciar una sola palabra y salió de casa de aquel Winsbury con la muerte en el alma.

CAPITULO V

Una nueva sorpresa desagradable le estaba reservada a aquella pobre mujer enamorada de un hombre que no debía merecer su amor cuando su nombre era tan execrado por los que llevaban su mismo apellido y eran de la misma familia.

Apenas llegó al lujoso apartamento que había alquilado en uno de los barrios más bellos y tranquilos de Londres, la don-



Bob, el eterno adulador de Gloria, quedó una vez más deslumbrado ante su exquisita belleza.



Fred la estrechó entre sus brazos fuertes y vigorosos.

cella le advirtió que una tal señora de Beverley había acudido allí con la pretensión de verla y estaba esperando desde hacía mucho rato en el salón. Gloria, que en su vida había oído aquel apellido, acudió no obstante a entrevistarse con la desconocida. Se encontró ante una mujer joven, como de unos treinta años, altísima, elegante, bella, muy distinguida. Se saludaron cortésmente, y ante la pregunta de Gloria: ¿a qué debo el honor de su visita?, la visitante dió la respuesta más extraordinaria que puede concebirse.

—Señora — le dijo con voz que en vano se esforzaba por parecer segura — ¿por qué pone usted anuncios citando a un muerto? He leído el que durante cuatro días ha puesto en el periódico llamando a Fred Winsbury y pidiéndole que venga aquí.

—¿A un muerto? — inquirió Gloria palideciendo intensamente.

—Fred Winsbury era oficial del ejército británico. Desapareció en una acción guerrera el año 1918, en Iprés.

—¿Y usted, quién es, señora? Quiero decir: ¿qué lazo de parentesco o de amistad, o lo que fuera le ligaba a este hombre, que...?

—Fui su novia — repuso la señora bajando la cabeza.

—¡Su novia!

—Sí, rompi con él por motivos que me sería muy difícil explicarle a usted en este momento. Todo el mundo le dió por muerto. Dos años más tarde me casé y... Pero, en fin, esto no tiene importancia. Digame, señorita Delamare, ¿es que ha visto usted acaso a Fred Winsbury? ¿Es que cree usted que no está muerto?

Gloria tardó un momento en responder. Miró a su interlocutora con una expresión extraña y luego...

—¡Yo que sé! — dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo — ¡Yo que sé! Tal vez no lo haya visto nunca en realidad, tal vez tenga usted razón y Fred Winsbury esté muerto y yo no haya visto más que un fantasma. Tranquíllícese usted, señora — continuó después de una corta pausa.

—El anuncio será retirado inmediatamente. Nunca, nunca más volveré a reclamar la presencia de Fred Winsbury en esta casa.

Las horas que sucedieron a aquella visita fueron de mortal angustia para Gloria. No sabía qué pensar, ni qué creer, ni qué decir. Todo giraba a su alrededor con una rapidez de vértigo. Se repetía a sí misma una y mil veces el nombre

adorado, preguntándose si existía realmente o sera un producto de su imaginación. ¡No, no! Habría podido dudar si no hubiese habido aquel beso. Un fantasma puede tener apariencia corpórea, pero no baila, no estrecha en sus brazos a una mujer, no la besa apasionadamente como él lo había hecho... Fred existía, era un ser real, de carne y hueso como ella.

Pero Bob no parecía compartir esta opinión por cuanto aquella noche, al visitarla en el camerino mientras la diva se preparaba para hacer su aparición en escena, le dijo a quemarropa que acababa de descubrir que su rival en amores no existía en realidad en una palabra, que Fred Winsbury estaba muerto y bien muerto.

—No puede ser, no puede ser — gimió Gloria, desesperada.

Entonces Bob hizo entrar en el camerino a un hombre de edad, de aspecto un poco raro, un empleado de estas agencias de detectives secretos que todo lo saben y todo lo descubren. Aquel hombre traía pruebas fehacientes de algo que había de herirla profundamente. Fred Winsbury, perteneciente a la honorable y encopetada familia de los Winsbury, había huido de Inglaterra en el año 1913, después de haber falsificado una firma, y haber estafado una gran cantidad de dinero. Su familia le había repudiado. Durante mucho tiempo nada se había sabido de él, hasta que en la lista de los desaparecidos en una acción de guerra había aparecido el nombre de Fred Winsbury, el hombre que había deshonrado un apellido ilustre.

¡Con qué ánimo tan deprimido salió la pobre Gloria a escena aquella noche! Y precisamente su exhibición ante el público londinense se hacia a base de unos cuadros de revista en los que ella era la vedette suprema. Ah, si la hubiesen dejado cantar aquella canción tan querida, aquella canción que le había ganado el corazón de un hombre que tal vez estuviera muerto en realidad, pero que sin duda alguna la había amado profundamente, con qué alma la habría cantado en aquella ocasión. Pero en lugar de esto, tuvo que salir a escena en un cuadro brillante y frívolo, y cantando una cancióncilla que a ella no le satisfacía lo más mínimo.

La señora Beverley asistía al espectáculo. Unas horas antes de la función recibió por correo un billete de entrada. No pudo saber quién se lo mandaba pero supuso que sería Gloria en persona y no quiso rehusar la invitación.

La entrada era para un asiento de palco. Vestida con suprema elegancia, la señora Beverley, que era desde hacía tres años la esposa feliz y madre amantísima de uno de los hombres más ricos y respetados de Londres y de dos niños encantadores, acudió al espectáculo. Su marido estaba ausente, los niños bajo el cuidado de la nurse; nadie podía reprocharla que asistiese al teatro para aplaudir a la gran estrella francesa.

Empezó el espectáculo con un cuadro de revista originalísimo. Y cuando la señora Beverley estaba más abstraída viendo las evoluciones de las girls y esperando el momento de la salida a escena de Gloria, oyó un leve ruido de pasos a su espalda. Se volvió rápidamente y... Un grito ahogado salió de su garganta. Ante ella, acababa de aparecer Fred Winsbury en persona. Sí, sí, Fred Winsbury, su antiguo novio, el hombre que la había amado apasionadamente, y al que ella había amado también, antes de que ocurriera la catástrofe que los separó definitivamente. No, Fred Winsbury no estaba muerto, no era una aparición de ultratumba, era un hombre de carne y hueso, vestido con un frac impecable, un hombre que se acercó a ella, apretó suavemente su brazo y...

—Tranquilízate — le dijo. —Soy yo, Fred Winsbury. He vuelto a Londres, estoy aquí desde hace unos días, pero nadie me ha visto ni nadie me ha reconocido. He venido exclusivamente para verte a ti, para decirte que durante estos años he podido aceptar el figurar entre la legión de los muertos, pero que ahora necesito «resucitarme» y para eso necesito también rehabilitarme. Sólo tú puedes hacerlo confesando la verdad. Durante ocho años he llevado sobre mí el peso de una falta que no cometí. Tú fuiste la culpable, y entonces yo dejé que recayera sobre mí, porque te quería demasiado. Ahora todo ha cambiado, estoy enamorado de otra mujer, de Gloria Delamare. Necesito volver a ser quién era, quiero casarme con ella, quiero darle un nombre honrado. Se lo merece... Yo he aceptado este sacrificio, es justo que ahora tú atiendas mi ruego...

Gloria Delamare había salido a escena hacia un momento. Sus ojos se habían dirigido al palco ocupado por la señora Beverley, y poco se le ha faltado para caer desmayada. Había tenido que hacer un esfuerzo supremo, apelar a toda su fuerza de voluntad, para seguir representando su papel de manera que el público no se apercibiera de la terrible commoción que

acababa de experimentar. Junto a la señora Beverley había un hombre, Fred Winsbury, el «difunto» Fred Winsbury. Cerró los ojos unos instantes, porque todo daba vueltas a su alrededor y temió caer al suelo. Al abrirlos de nuevo y dirigirlos otra vez hacia el palco, el hombre y la mujer no estaban allí. Afortunadamente para Gloria, acababa de cantar una canción y las escenas de la revista exigían que saliera unos instantes del escenario para volver a entrar al cabo de un rato, arrastrada por las girls.

En efecto, Fred Winsbury y la señora Beverley habían desaparecido, pero no habían ido muy lejos. Se habían quedado en el antepalco, para seguir hablando de aquello que tanto interés tenía para ambos. Fred le había repetido lo que le dijera un momento antes, y su ex novia le había escuchado en silencio, con los ojos llenos de lágrimas. Sólo cuando Fred hubo terminado, cuando hubo pronunciado las últimas palabras que eran como una sentencia para ella, la señora Beverley habló, y lo hizo con acento patético y triste. No era la mujercita frívola que ocho años antes cometiera una locura cuyas consecuencias iba a expiar ahora duramente, sino la madre, la madre de dos criaturas inocentes, sobre las cuales iba a recaer todo el peso de su culpa.

—Tienes razón, Fred. Yo no debí haber permitido nunca que te acusases de una falta que no habías cometido. Fuí cobarde, y callé, y tú fuiste tan noble de callar también. Ahora hablaré, ya que es preciso, aunque mi nombre quede deshonrado para siempre, y se deshaga un hogar para siempre. Tengo dos hijos, Fred, dos criaturitas que no debieron tener nunca por madre una mujer como yo. ¿Qué será ahora de estas criaturas?

No pudo continuar. Fred acababa de atajarla con un gesto brusco, al mismo tiempo que le decía:

—¡Basta, basta, Ana! Yo podría herir a un hombre, podría herirte a tí, pero no a dos criaturas. Yo no lUCHO contra niños. Callaré, y que Dios te perdone el daño que me haces, como yo te lo perdonó.

En aquel momento entró en el palco un ujier portador de un mensaje para Fred. Era de Gloria Delamare. En él la diva, perdida ya toda timidez, le suplicaba que acudiera a verla a su camerino al terminar la representación.

Y fué así cómo Gloria y Fred volvieron a encontrarse fren-

te a frente por segunda vez en su vida. Desde aquella noche en el castillo no habían vuelto a estar corporalmente tan cerca el uno del otro, aunque espiritualmente hubieran estado, siempre y continuamente juntos. Ni un solo momento había dejado Gloria de pensar en él, ni un solo instante había dejado él de recordarla de ella. El amor de Fred Winsbury por la mujer de la voz seductora había persistido a través de los años, agrandándose con la distancia. El amor de Gloria, nacido al calor de una aventura original y misteriosa, había hecho presa en ella de una manera fulminante. No, no se había enamorado de un muerto. El era tal vez un hombre distinto de los demás, pero era un ser vivo, humano, apasionado. Lo sentía ahora cerca, muy cerca de ella, mirándola con la misma mirada de unos días antes en el castillo.

—¿Quién es usted, quién es usted? —murmuró al fin ella por decir algo, porque ahora ya no tenía duda de quién era en realidad aquel hombre.

—Me llamo Brent y soy australiano. Vivo en Sidney y parto hacia allá dentro de unos días.

—Miente usted —gritó Gloria con frenesí. —Miente usted! Se llama Fred Winsbury y hace ocho años falsificó una firma. Tuvo que huir de su patria, estuvo luego en la guerra y desapareció en un combate. Dejó que lo creyeran muerto pensando que así el mundo olvidaría su culpa... ¿Es cierto o no?

—Sí —pronunciaron los labios de Fred Winsbury.

—Entonces, ¿no tiene usted nada que decir, no rebate usted mis acusaciones? ¿Se atreverá a decirme que no ha sido también usted el que ha preparado esta «tournée», nuestra entrevista en el castillo?

—No —volvieron a pronunciar los mismos labios.

—Adiós —dijo secamente Gloria, volviéndole la espalda.

—No creo que tengamos ya nada que decirnos.

Por unos instantes creyó la artista que Fred iba a rebelarse, que iba a cogerla violentamente entre sus brazos y besarla como hiciera la noche aquella del castillo. ¡Ah, si lo hubiera hecho así, ella no habría podido continuar desdenándole, habría tenido que confesarle que le quería con toda su alma, aunque fuera un ladrón y un aventurero, y le habría seguido a Australia, a donde él hubiese querido, con tal de estar junto a él, de vivir a su lado para siempre.

Pero él no hizo el menor gesto para retenerla. Se la quedó

mirando en silencio, unos instantes, y luego, lentamente salió del cuarto.

Gloria abandonó el teatro más tarde que de costumbre. Se había negado a recibir a todas las personas amigas que habían acudido a felicitarla a su camerino, menos a Bob, a quien, sin embargo, había desengañado definitivamente, sin que él, por su parte, se diera por aludido. Estaba triste, infinitamente triste. ¡Nunca más, nunca más volvería a ver a Fred Winsbury, el único hombre al que había amado, el único hombre también que la había querido como ella había deseado siempre ser amada.

Su coche estaba parado frente a la puerta de salida. Gloria se dispuso a entrar en él. Al abrir la portezuela vió que estaba ocupado por la señora Beverley. Antes de que Gloria hubiera tenido tiempo de preguntarle el motivo de su presencia allí, ya ella se había apresurado a explicarle:

—Señorita Delamare. Me he tomado la libertad de subir a su coche porque tengo algo muy urgente que decirle, algo de lo cual depende su felicidad. Fred Winsbury es inocente. Fuí yo quien falsifiqué la firma. Era muy joven, entonces, muy vanidosa, muy coqueta. No tenía dinero, contraje deudas, falsifiqué una firma. Fué una locura imperdonable. No me atreví a cobrar el cheque y se lo di a Fred, sin decirle nada de lo que sucedía. Cuando se descubrió la falsificación le acusaron a él, y él para salvarme dejó que recayera sobre su nombre el peso de la culpa. Tuvo que huir, estuvo en la guerra, se hizo pasar por muerto, pero ahora ha vuelto. Quería rehabilitarse, y ha venido a pedirme que dijera la verdad. Pero le ha faltado el valor al saber que tengo dos hijos sobre los cuales caería la deshonra infamante. Yo he aceptado su sacrificio por mis hijos, pero no puedo permitir que destroce de nuevo su felicidad por mi culpa. La quere a usted con toda su alma, pero no puede darle un apellido honrado.

—¡Oh, gracias, gracias señora Beverley, no sabe el bien que me ha hecho! Dígame, dígame, ¿dónde puedo encontrarlo? — inquirió Gloria ansiosamente.

—Pasado mañana estará en el castillo de Iprés. Tiene que ir allí a encontrarse con sus compañeros de armas.

Seis años antes, la noche misma en que murió Brent y Fred Winsbury desapareció aparentemente del mundo de los vivos, los seis compañeros de armas, admiradores de Gloria Delamare, se habían prometido mutuamente volver a encon-

trarse seis años después, en aquel mismo lugar, y a la misma hora en que había empezado el combate. Cuatro de ellos habían podido cumplir la promesa. En cuanto a los otros dos, uno descansaba en el cementerio de Iprés, bajo una humilde cruz de madera, el otro, ¿quién sabe a dónde habían ido a parar sus restos?

Se colocaron en torno a la larga mesa que ocuparon años antes. En los dos sillones que correspondían a Brent y Winsbury sus compañeros de armas habían depositado los sables que pertenecieron a los dos héroes inmolados por la Patria. Acababan de dedicarles un recuerdo emocionado a su valor, a su bondad de corazón, a su compañerismo...

Y de pronto, en el silencio del hall resonaron unos pasos. Abrióse la puerta y apareció en el dintel un hombre. Aquel hombre era Fred Winsbury. Y a pesar de no creer en los espíritus, sus compañeros no pudieron contener un ligero sobresalto. Pero enseguida volvieron a la realidad y se apresuraron a ir al encuentro del desaparecido. Gritos, exclamaciones, palabras abrazos, felicitaciones. Winsbury explicó escuetamente:

—No morí aquella noche horrible, pero como tenía muchas razones para desechar que fuera así, decidí desaparecer. Terminada la guerra fui a Australia y allí adopté el apellido y la personalidad de nuestro infeliz compañero Brent. Lincoln era el único de vosotros que conocía mi existencia, pero le había hecho prometer que guardaría el secreto hasta hoy. El ha estado en Australia conmigo y podrá deciros que no he hecho mal uso del apellido que me apropié. He trabajado duramente sin reposo, durante años, pero he conseguido al fin labrarme un nombre y una fortuna.

Escanearon el vino, y bebieron a la salud de todos y al recuerdo del muerto. Empezaron luego a recordar el pasado, los meses vividos bajo aquel techo, cuando Europa entera ardía con la inmensa hoguera de la guerra. Evocaron los días trágicos, las noches en vela, los combates espantosos. Rechazaron con horror aquellas visiones dolorosas y evocaron el recuerdo algo mucho más dulce, mucho más tierno, mucho más humano. Su admiración entusiasta por Gloria Delamare, la exquisita cantante francesa. El capitán Darlington, que era el que entonces había tenido la felicísima idea de traer consigo la gramola, les dió una noticia muy agradable para todos.

—A fin de que la evocación de aquellos días pasados sea más exacta, he traído también mi pobre gramola, ya bastante

averiada, y nuestro disco ¡nuestro disco! ¿Lo recuerdan? ¿Recuerdan los instantes de felicidad que le debemos? ¿Qué les parece si hacemos un alto en nuestra conversación y nos dedicamos a oírlo?

A todos les pareció de perlas la propuesta. Unos instantes después la fina aguja de acero hacía oír la voz incomparable de la artista...

—¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué era aquella otra voz maravillosa que acababa de dejarse oír y que no provenía del disco, sino de la habitación vecina? Todos los amigos se quedaron inmóviles, asombrados, escuchando, mirándose unos a otros como interrogándose, todos menos Fred Winsbury, que de un salto se plantó en la puerta, la abrió violentamente, y...

Al lado del piano, cantando alegremente, se hallaba Gloria. Sonrió a Fred que se le acercaba, y siguió cantando, cantando, cantando...

Hasta que él la estrechó entre sus brazos fuertes y vigorosos y después de unos instantes que a Gloria le parecieron un siglo de felicidad, la obligó a enmudecer con un beso.

Los cuatro amigos que habían decidido al fin salir de su estupor y averiguar lo que sucedía en la habitación contigua, aparecieron en la puerta. Contemplaron un momento el cuadro que se presentaba ante sus ojos, harto elocuente para que necesitara explicaciones y haciendo un guiño de inteligencia, cerraron discretamente la puerta.

FIN

Editadas

- | | | |
|------|-----|---|
| Núm. | 1. | <i>Sublime obsesión</i> , por Robert Taylor e Irene Dunne. |
| * | 2. | <i>El desfiladero perdido</i> , por Buck Jones. |
| * | 3. | <i>El gran impostor</i> , por Edmund Love. |
| * | 4. | <i>La vida de la Boheme</i> , por Marta Eggerht y Jan Kiepura. |
| * | 5. | <i>La bandera amarilla</i> , por Hans Albers. |
| * | 6. | <i>Cuando volvamos á amarnos</i> , por Margaret Sullavan. |
| * | 7. | <i>El tigre de Esnapur</i> , por La Jana. |
| * | 8. | <i>La tumba india</i> , por La Jana. |
| * | 9. | <i>Muñecas infernales</i> , por Lionel Barrymore. |
| * | 10. | <i>El cantante de Viena</i> , por Jan Kiepura. |
| * | 11. | <i>Juventudes rivales</i> , por Charles Farrell y June Martel. |
| * | 12. | <i>La marca de Cain</i> , por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers. |
| * | 13. | <i>Una chica de provincias</i> , por Janet Gaynor y Robert Taylor. |
| * | 14. | <i>Siete bofetadas</i> , por Lillian Harvey y Willy Fritsch. |
| * | 15. | <i>El Capitán Costall</i> , por Olga Tschechowa y Karl Diehl. |
| * | 16. | <i>Morir con honor</i> , por Buck Jones y Edward Keene. |
| * | 17. | <i>Baile en el Metropol</i> , por Henri George y Viktoria von Ballasko. |
| * | 18. | <i>El poder invisible</i> , por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake. |
| * | 19. | <i>El Rapto</i> , por Gustav Fröhlich y Walt Jansenn. |
| * | 20. | <i>Exterminio</i> , por Buck Jones. |
| * | 21. | <i>Rosas Negras</i> , por Lillian Harvey y Willy Fritsch. |
| * | 22. | <i>Jaque al Rey</i> , por Myrna Loy y Spencer Tracy. |
| * | 23. | <i>Caballería ligera</i> , por Marika Rökk y Fritz Kampers. |
| * | 24. | <i>Impetus de juventud</i> , por Sylvia Sidney y Herbert Marshall. |
| * | 25. | <i>Un mal paso</i> , por Keen Maynard. |
| * | 26. | <i>Saratoga</i> , por Clark Gable y Jean Harlow. |
| * | 27. | <i>Crepúsculo Rojo</i> , por Rodolf Forster. |
| * | 28. | <i>El Trío de la Fortuna</i> , por Lillian Harvey y Willy Fritsch. |
| * | 29. | <i>La que apostó su amor</i> , por Bette Davis y George Brent. |
| * | 30. | <i>Catalina</i> , por Franziska Gaal y Ahns Holt. |
| * | 31. | <i>La Rosa de los Tudor</i> , por Nova Pilbeam y Ledric Ardwick. |
| * | 32. | <i>Escándalo estudiantil</i> , por Kent Taylor y Arline Judge. |
| * | 33. | <i>Oriente contra Occidente</i> , por George Arliss y Lucie Mannheim. |
| * | 34. | <i>El Doctor Sócrates</i> , por Paul Muni y Ann Dvorak. |
| * | 35. | <i>Vals Real</i> , por Willi Forst y Helli Finkenzeller. |
| * | 36. | <i>El Agente Secreto</i> , por Robert Young y Madeleine Carroll. |
| * | 37. | <i>Un par de Gitanos</i> , por Stan Laurel y Oliver Hardy. |

* Agotadas.

En preparación

ROSLIE, interpretada por
ELEANOR POWELL y NELSON EDDY

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILEN, 154
BARCELONA



N.º 38